

Una unión realizada entre gentes del interior de la misma tribu sería considerada como un incesto y podría ser castigada con la muerte. El rapto real ó ficticio de la novia por su novio es la práctica normal en esos pueblos. Con frecuencia esto no es más que un pretexto de diversión, en la que las compañeras de la esposa la defienden alegremente contra los amigos del esposo. Éstos, como es natural, son siempre los vencedores y se llevan riendo á la cautiva sobre sus espaldas. Algunas veces, aun en muchos pueblos primitivos de la India central, el rapto debe ser repetido después del casamiento, cuando dos ó tres días más tarde la mujer abandona la casa conyugal y se retira con lágrimas fingidas á la casa paterna, que declara no querer dejar más.

Generalmente los gondes compran una mujer para su hijo antes que éste esté en edad de casarse de un modo definitivo. El suegro escoge una nuera fuerte y robusta que le sirve de criada y frecuentemente de querida hasta que el verdadero marido la reclama. Estas son, como se ve, costumbres algo semejantes á las de los mugiks rusos. Salvo esta costumbre, son los gondes monógamos, y siendo siempre las mujeres mucho mayores que sus maridos, ejercen en la familia una influencia preponderante.

La organización política de los gondes es de las más sencillas. Cada pequeño clan está gobernado por un jefe que se somete en general á las decisiones de los ancianos reunidos en asamblea. Todos los hombres de la tribu tienen voz en el gobierno. Con mucha frecuencia el jefe es un descendiente de rajputes. Algunos representantes de este último pueblo fueron, en efecto, rechazados diversas veces, á consecuencia de guerras, al país de los gondes, en el que adquirieron pronto cierto prestigio.

8.º — POBLACIONES DE AMARKANTAK, DEL CHOTA NAGPORE
Y DE ORISSA, KOLES, ETC.

Al Nordeste del macizo central de la India se levanta el Amarkantak. Es el punto culminante y el núcleo de toda esta región montañosa. Constituye también la parte menos explorada. Los

bosques son en ella más impenetrables, los jungles están más llenos de bestias feroces y los valles son más peligrosos, pues reinan en ellos constantemente las fiebres. El hombre es en esa región también más salvaje, más aproximado al animal, con el que desafía el mortífero clima y al que disputa sus groseros alimentos. Toda descripción, por otra parte, se detiene forzosamente aquí en el límite donde se han detenido los pasos del civilizado invasor. Todo queda reducido á suposiciones por lo que respecta al género de vida de los habitantes de esta terrible comarca; los indos de la llanura los pintan como monos y los temen como genios de poder maléfico. Misteriosas leyendas circulan á propósito de los profundos bosques y de los sombríos desfiladeros donde vegetan aún sin duda algunos miserables representantes de las más antiguas razas de las Indias.

El Chota Nagpore forma la región intermedia entre la elevada meseta de las provincias centrales y las llanuras próximas á la embocadura del Ganges. Se inclina al Sudeste hacia el golfo de Bengala y comprende las altas cuencas del Mahanuddi y del Brahmani; sobre sus pendientes del Noroeste corren los afluentes del Sone y pertenece en gran parte á la provincia de Bengala.

Así desde el punto de vista etnológico como desde el geográfico, el Chota Nagpore es un país de transición. Si se desciende de sus alturas para dirigirse hacia Audh, donde vive, según hemos visto, una de las más hermosas razas arias de la India, se encontrarán sucesivamente todos los tipos que ofrece esta inmensa comarca, desde el negro horroroso, dedicado al grosero fetichismo, hasta el orgulloso bracmán.

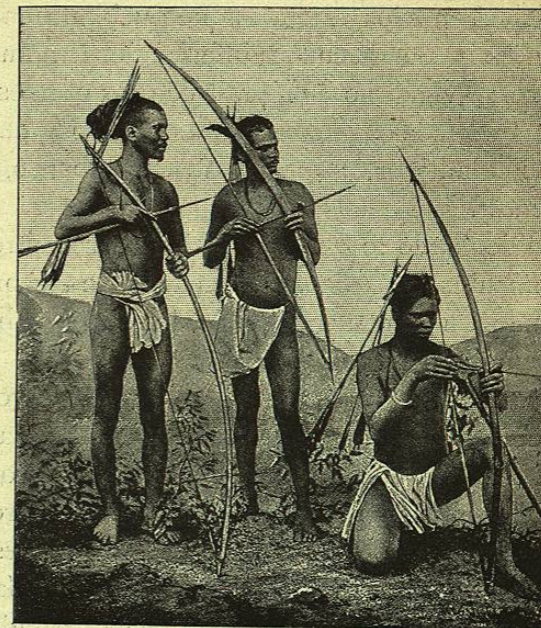
Está el Chota Nagpore principalmente poblado por tribus autóctonas; pero estas tribus, que se conservan salvajes en la montaña, se indianizan cada día más en la llanura, y nos es preciso hacer constar respecto de ellas, como lo hemos hecho al tratar de los gondes, que todas nuestras descripciones se refieren sobre todo á su estado primitivo, tal como puede aún hoy observarse en los parajes más extraviados y menos accesibles del territorio que habitan.

Si se agrega al Chota Nagpore toda la cordillera de los Vindhya y la península del Guzerat, se obtiene una larga franja de país que se extiende de un mar al otro á través del centro de la India. Esta larga franja representa exactamente el centro de las razas llamadas kolarianas. Constituyen éstas el tercer grupo de las poblaciones de la península; los dos primeros son el grupo túrano-ario, ó los indos bracmánicos, y el segundo los dravidianos. La diversidad de lenguas ha establecido esta división, sobre todo la que existe entre los dravidianos y los kolarianos, pues los unos y los otros son pueblos primitivos más ó menos mezclados con los invasores y que tienen muchas conexiones en cuanto al tipo y las costumbres. Los koles tienen mucha semejanza con los bhiles, que por lo demás ocupan con ellos esa franja de territorio que cubren los montes Vindhya. Pero los koles del Chota Nagpore se acercan más que los bhiles al tipo mogol, en tanto que los del Guzerat han sufrido en alto grado la influencia de sangre rajpute. Hemos dicho ya algo de estos koles occidentales, clasificados por los bracmanes como sudras, que se contratan en las ciudades para realizar toda clase de penosas labores, y cuyo nombre, transformado en «coli,» sirve para designar á todos los obreros, cargadores y trabajadores asalariados en las colonias inglesas y en América.

Los koles orientales del Chota Nagpore no son ni siquiera sudras; están incluidos en la multitud despreciada de los *utcastes*, y, á decir verdad, la mayor parte de ellos no han salido de la barbarie primitiva. Hemos dicho que recuerdan el tipo mogol; tienen, en efecto, la cara triangular, la barba rala, pequeños los ojos y con frecuencia rasgados aunque horizontales, los labios gruesos, los pómulos salientes y la nariz aplastada; el color varía del negro al amarillo; son de corta talla, pero rechonchos y robustos. Hablan dialectos de un origen común y especial que llaman lengua kolariana y que los diferencia ante todo de otros primitivos de la India. Además de la franja de territorio que forma su dominio particular, avanzan hasta el valle del Ganges donde ya los hemos encontrado. Los sontales y los maleres ha-

bitan las montañas situadas entre el Behar y el Bengala; pertenecen, en efecto, á la familia kole; hemos hecho notar que el sontal hace el papel de lengua madre entre los dialectos kolarianos poco más ó menos como el sánscrito para las lenguas indoeuropeas.

Todas las poblaciones koles eran antes designadas bajo la denominación de *Savaras*, que se encuentra frecuentemente en los libros de los indos. Se ha querido hacer derivar este nombre del escita *sagaris*, que significa *hacha*. Es un hecho que para los koles como para los gondes el hacha es el arma favorita y algunas veces la única



Salvajes del Chota Nagpore

de que saben servirse. No se halla jamás un indígena de Chota Nagpore ó del Gondwana á alguna distancia de su hogar sin que lleve el hacha en la mano. Le es este instrumento indispensable para abrirse camino á través del espeso ramaje de sus bosques natales y con él también ataca de ordinario al tigre.

Entre las numerosas tribus que habitan el Chota Nagpore y más al Este de la costa de Orissa, las unas son puramente kolarianas, las otras más ó menos mezcladas con el elemento dravidiano y protodravídiano. Se ha establecido entre ellas distinciones que son forzosamente algo confusas, pues los tipos no son siempre completamente contrapuestos. Los dos grupos princi-

pales llevan los nombres de uraones y de mundahs. Estos últimos se aproximan mucho á los mogoles, en tanto que los uraones son negros, cuyo tipo se encontraría más fácilmente entre los monos que en las grandes familias humanas.

Entre las más importantes poblaciones de esta región es preciso citar á los khondes que pueblan una parte de la costa de Orissa y toda la cuenca inferior del Brahmani y del Mahanuddi y que conviene no confundir con los gondes del Gondwana. Cualquiera que sea la conexión entre esos pueblos como entre todos los primitivos, constituyen, sin embargo, grupos del todo diferentes.

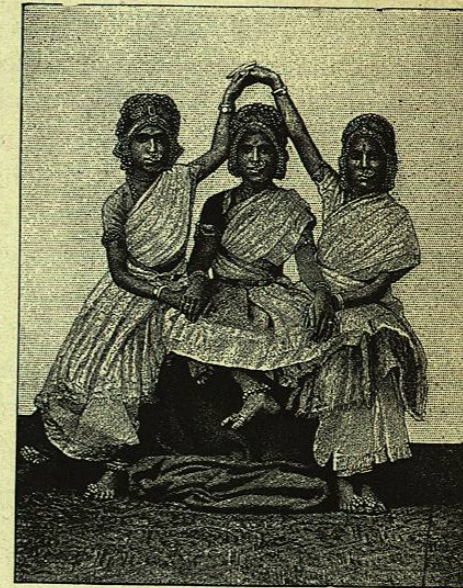
Teniendo todos esos pueblos costumbres casi idénticas y semejantes á las de sus hermanos de las provincias centrales, de que ya nos hemos ocupado, bastará que hablemos de ellos muy someramente.

Su religión consiste, como la de los gondes, en la adoración del sol, de la tierra, de las grandes fuerzas de la naturaleza; en el temor supersticioso á los espíritus de los muertos; en la veneración, llena de terror, de las bestias feroces y de las terribles calamidades á que viven sin cesar expuestos. Los ciclones, las hambres, las pestes, las implacables sequías son igualmente para ellos manifestaciones de potencias irritadas que es preciso conjurar por exorcismos y aplacar por medio de sacrificios. La sangre y las lágrimas de las víctimas humanas fueron durante mucho tiempo consideradas como el rocío mágico de que necesitaba la sedienta tierra para entreabrir su seno y convertirse en fecunda. Desaparece cada vez más hoy esta creencia y los animales mismos son apenas inmolados; se los reemplaza ante el altar por su imagen en barro, por frutos y por flores, y se representa su sangre por un embadurnamiento rojo de que se humedece las piedras dispuestas en círculo, las pequeñas pirámides que las coronan ó las estacas clavadas en tierra.

Quando las autoridades inglesas procuraron por la persuasión tanto como por la intimidación hacer cesar los sacrificios humanos entre los koles, estos pueblos sencillos consintieron en

renunciar á ellos solamente con la condición de que los europeos cargarían ante los dioses con la responsabilidad del sacrilegio. Nada más horroroso que aquellas ceremonias en que la víctima, una vez degollada por el sacrificador, era hecha pedazos por la muchedumbre, pues un trozo de la carne palpitante era un talismán soberano. Aquel que se lo llevaba para enterrarlo en un rincón de su campo tenía seguras por largo tiempo las bendiciones celestes. Hacía falta enterrar los despojos calientes y echando sangre todavía. A este precio sólo la diosa Tari, la Tierra indignada, cedía en su cólera.

Niños extranjeros, huérfanos, eran robados y conducidos entre los koles para ser criados como *meriahs* ó víctimas futuras. Proveedores especiales se dedicaban á esta caza y vendían muy caros sus productos. Cuando les faltaban niños,



Bayaderas de una pagoda del Sur de la India

los compraban á parientes pobres ó avaros para revenderlos en seguida con beneficio. Y se enriquecían en este comercio, pues los compradores no regateaban apenas; cuanto más dinero costaba la víctima, más agradable era á la Tierra, al Sol ó á los genios misteriosos que encrespan las olas del mar y las precipitan en torbellinos sobre los campos.

Cada una de las tribus koles está gobernada por un jefe, cuya autoridad cede siempre delante de la de los ciudadanos reunidos en asamblea. Con frecuencia estas reuniones juntan en un punto determinado no sólo hombres de una misma ciudad, sino los